



Francisco de Quevedo

Se presenta en este final de otoño madrileño una exposición bibliográfica que enriquece el panorama cultural hispánico. La exposición está dedicada a conmemorar el IV Centenario del nacimiento de Quevedo y se origina como aportación del Instituto Nacional del Libro a los actos organizados por el Ministerio español de Cultura a través del Patronato Nacional, creado para tal fin.

DEL CONTENIDO Y OTROS ASPECTOS

Es necesario subrayar la indiscutible y valiosa recopilación

el apartado de revistas, llama la atención un artículo sobre Quevedo que firma Jorge Luis Borges y que publicó la "Revista de Occidente" en 1924.

ACERCAMIENTO A FRANCISCO DE QUEVEDO

(notas para una "radiografía").

Quevedo nació en Madrid en 1580 y murió en Villanueva de los Infantes en 1645. Poeta, satírico, prosista, moralista y crítico es, quizá, el más amplio y profundo escritor de lengua es-

nequista, mordaz y humorística del mundo como farsa — y de la muerte como única realidad indiscutible de la vida humana — se halla perfectamente encajada en su época.

Citaremos de su obra en prosa —mucho más extensa que su lírica— los siguientes títulos: "Historia de la vida del Buscón", "Los sueños", "Cartas del Caballero de la Tenaza", "La cuna y la sepultura", "Marco Bruto", "Aguja de navegar cultos", "Lince de Italia y zahón español", entre otros.

Signifiquemos por último que las ediciones de las obras de Quevedo se han multiplicado en los últimos años, desde que Astrana Marin publicó la suya (en 1932) y desde la más reciente aún del profesor Blecua (1973), que pone al día las anteriores investigaciones quevedescas. Quevedo, hoy, aparece a la vez en ediciones populares de bolsillo y en ediciones de lujo. La ver-

Pizarrón

El poeta y los reclutadores

Por Arturo Uslar Pietri

CARACAS. En un reciente escrito, Isaiah Berlin evoca las olvidadas figuras de algunos grandes escritores rusos de la década de los años 30. Pasan por su grata reminiscencia algunos nombres a los que comienza a envolver la niebla del olvido. Entre ellos aparece aquella enigmática y atractiva silueta de Boris Pasternak, descubierto por Occidente de una manera tan tardía y distorsionada.

Si su famosa novela "El Doctor Zhivago" se hubiera publicado normalmente en la Unión Soviética no se hubiera producido toda la curiosidad extra-literaria en el mundo entero, que poco tenía que ver con la calidad de la obra misma sino con su significado dentro de los vericuetos y absurdos de la guerra fría.

Según los que lo han estudiado bien y en su lengua nativa, Pasternak es uno de los valiosos poetas de la lengua rusa. Parece que la suya es una expresión de muy delicados matices y de una aparente simplicidad que toca en lo profundo. Su novela famosa revela estas características. Es el conflicto, tan viejo como el mundo, del individuo con la sociedad establecida, de la vida individual con la historia, de lo que es, sobre todo, interior con lo que predominantemente se manifiesta en acciones externas. Implica una crítica acerba de la revolución y de sus procedimientos, de sus métodos y de su estilo, pero esta es la vieja y repetida querrela del hombre de pensamiento y sensibilidad con la ciega máquina del poder. Es muy corta la luna de miel de las revoluciones. Lo que aparece luego es la duradera imposición arbitraria y la nostalgia insostenible de la libertad. Por lo menos de la libertad del hombre de pensamiento dentro de su soledad.

Basta mirar los retratos de Pasternak para advertir su extrañeza y su dolencia. Una cara de perseguido, plena de fatiga y de desdén. Hasta su largo rostro bajo los pequeños ojos tan altos le daban una expresión de desajuste. Alguien dijo, con mucho tino visual, que se parecía a un árabe con su caballo.

Berlin lo recuerda en varias ocasiones de encuentro. Antes y después de la escandalosa publicación de su novela. Solitario, mal ajustado, inconstante, viviendo en el aislamiento y casi en la incomunicación. Recuerda la ocasión en que le entregó el manuscrito de la novela famosa para que lo leyera. Había angustia entre los suyos por la publicación de aquella obra en el extranjero. Berlin comparía ese temor. Llegó a proponerle llevarse una copia, hacerla reproducir en varios ejemplares en microfílm y depositar esas copias en varios distantes lugares del mundo, para que se pudiera publicar después de su muerte. No quiso aceptar esa solución. Envío el libro a Italia, se publicó y se produjo la clamorosa reacción previsible.

Convertido en un objeto de pugna política entre grandes centros de poder mundial su destino se hizo inesperadamente trágico. Aquel poeta refinado y retraído, que había querido vivir fuera de la pugna y de la lucha, que en su propio país, durante la revolución, había tenido una actitud difícil de serenidad y busca de su propio camino, se vio de pronto envuelto en una estruendosa confrontación política. El Occidente que lo había ignorado por mucho tiempo lo transformó rápidamente en un tema de publicidad. Se hicieron enormes ediciones de su obra en distintas lenguas, se descubrió toda su obra anterior.

En su propio país se convirtió casi en un enemigo del pueblo, en un perseguido de la autoridad, en un abyecto renegado. En el Oeste le dieron el Premio Nobel y en Moscú lo redujeron a no poderlo aceptar.

No era un hombre para aquel destino, ni era esa su vocación íntima. Había vivido para su obra personal y refinada de poeta. Largos años de laborioso retiro pasó entregado a traducir a Shakespeare al ruso y a otros grandes creadores europeos.

Isaiah Berlin evoca, con mucha penetración y profunda simpatía, esta imagen conmovedora y casi paradigmática del intelectual atrapado y destruido por la feroz maquinaria de la lucha de poder entre las grandes potencias.

Los recuerdos que refiere Berlin lo pintan como un ser difícil de adaptarse, muy encerrado en su propia visión, muy ajeno a la inhumana maquinaria de todas las regimentaciones. El aspiraba a ser un hombre libre dentro de sí, sin intrusiones y sin imposiciones. No era mucho pedir y era lo mismo que habían logrado en el pasado europeo tantos hombres de pensamiento y soledad. Tuvo la fatalidad de intentarlo en un tiempo que no sólo no lo podía permitir sino que lo consideraba casi como un crimen y un mal ejemplo.

Su incapacidad de comprender los sistemas y las maquinarias de poder se revela a cada momento. Berlin recuerda como en 1935, enviado al Congreso Anti-Fascista que se celebraba en París, llegó a convertirse, sin proponérselo, casi en un saboteador. Estaban allí grandes personajes de la literatura revolucionaria de la hora. Se proyectaba una poderosa organización de lucha de todos los escritores anti-fascistas contra el surgimiento amenazante de aquel totalitarismo.

Cuando le tocó el turno de hablar, casi sin darse cuenta, angélicamente, ante el auditorio horrorizado, no se le ocurrió otra cosa que decir su profunda verdad: "Entiendo que esta es una reunión de escritores para organizar la resistencia al fascismo. Sólo tengo una cosa que decirles: no se organicen. La organización es la muerte del arte. Sólo importa la independencia personal. En 1789, 1848, 1917, los escritores no estuvieron organizados por o contra nada. No, yo se los imploro, no se organicen".

Un hombre que podía decir semejante cosa ante las fauces de los ávidos e implacables reclutadores tenía que estar condenado a perecer.

Acercamiento de Francisco De Quevedo

bibliográfica que se exhibe en la muestra y cabe destacar también que los organizadores no hayan caído en la tentación de hacer algo elitista, dedicado exclusivamente a un público minoritario y especialista en el tema. Estamos, pues —justo es decirlo— ante una exposición pensada y organizada para el gran público, incluso para escolares, sin que ello signifique que el bibliófilo no pueda encontrar ese "algo" que le interesa.

La exposición es amplia de concepto y contenido; el visitante podrá contemplar ediciones de Quevedo en diversos idiomas, como pueden ser el italiano, alemán, inglés, francés, rumano, polaco y ruso. Hispanoamérica, como no podía ser de otra forma, encuentra también su hueco y su acento entre los diversos anaqueles de la exposición.

En cuanto al capítulo de prensa, y más concretamente en

paño. En su varia y espléndida obra se funden forma y fondo, expresando cuánto él quería y sentía con una sinceridad, una gracia y una intención que no han llegado a poseer otros grandes escritores.

La obra de Quevedo se distingue, sobre todo, por su genio verbal. Supo trabajar el idioma transformándolo en instrumento adecuado para expresar lo hondo de su sentir y de su pensar, tanto en verso como en prosa.

Su pluma, ingeniosa y sarcástica, irónica e implacable, nos descubre un mundo mezquino y grotesco, cuyas apariencias ocultan la muerte como única realidad irreversible.

La ideología de Quevedo, se-

dad es que nunca dejó de ser popular a lo largo de los avatares de la historia social y literaria española, pero la estimativa del público lector ha cambiado positivamente: de chistoso e incluso chabacano — así se le consideró bastante tiempo — se le sitúa hoy en las coordenadas de la metafísica, de lo moralista y del humor genial.

«Ver... para creer! Caprichos humanos tan frágiles como la suave brisa marítima que tan pronto sopla en un sentido como en otro en cuestión de pocos minutos: así los gustos y las apetencias de los lectores que no tienen una sólida formación cultural y que tan sólo se guían por la "novedad" del momento, «Si Quevedo hablara hoy!»

Filosofía, Arte y Letras